

Relato corto

San Rafael

Consuelo Giménez Pardo

Directora del Master en Acción Humanitaria Sanitaria y Secretaria Académica de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud; consuelo.gimenez@uah.es ORCID id: <https://orcid.org/0000-0002-8206-1952>

DOI: <https://doi.org/10.37536/RIECS.2020.5.S1.175>

Primer premio del "XI CERTAMEN DE CUENTOS DR. LUÍS ESTRADA", Medicus Mundi Asturias

Mis recuerdos se mezclan con los olores y sensaciones del pueblo en que nací y crecí con un sol, siempre omnipresente, marcando todas las pautas de nuestras vidas.

Comenzaba los días desperezándome envuelto en la vieja manta que había cosido la payaxmana con recortes de mil telas. Era lo primero que veía. Telas blancas, rojas, amarillas, algunas ajadas, pero que a mí me parecían un poco como las noticias de los periódicos que leían el Tomás y el Aureliano en la taberna. Historias de lugares que no conocía.

El color blanco semejaba a la luna que se enmarcaba, cada noche, en la ventana; el rojo me hablaba de la hoguera que nos alentaba. El amarillo era el sol y siempre me preguntaba si, como allí, calentaba igual en todas partes.

Aún era temprano así que me incorporaba haciendo poco ruido y tapaba al hermano que se revolvió y decía cosas que nunca entendía. En las otras casas no se veía, todavía, la vida.

Después me revisaba, como todas las mañanas, por si los quipitos habían picado. Ya sabía lo del mal porque había visto a Nereita con la cara hinchada, pero, por suerte, ni a mí ni al hermano nos habían chupado la sangre.

En la habitación de al lado, dormía la madre. Yata hacía horas que se había marchado a por el chicle y con los ojos abiertos me pareció que, por fin, conseguía el machete y me llegaba la edad de ir al mundo de donde, todas las tardes, venían los hombres. A veces oía a la madre en susurros pedirle la paga al padre mientras lo acostaba. Olía de cerca el alcohol y el sudor emanar de su cuerpo tras el largo día de trabajo. Luego venían los sollozos y, por último, la incertidumbre.

Cuando el sol salía ya me había vestido y lavado de refilón la cara, preparado las tortas de sara, mientras madre partía leña con el hachuelo y ya llevaba en el delantal los huevos de las gallinas. Después tocaría ir a por el agua y cocinar lentamente el chuño.

Con suerte todos los días.

Las noches de luna llena, hombres y mujeres se reunían alrededor del fuego y contaban historias. Recordaba aquella en la que la rata de agua se llevaba varias veces al año la comida de las aldeas cercanas para alimentar a sus crías y que, cuando estas crecieron, agradecidas a los hombres, los llenaron de bienes.

También me gustaba aquella en la que se narraba que los antepasados de los hombres que trabajaban en la selva, un día desaparecieron y no se les volvió a ver hasta muchos años después, cuando regresaron a por sus familias, llevándolos a la ciudad que habían construido con el oro y los diamantes que la selva les había devuelto por su trabajo bien hecho.

La de los hombres sin color que no se sabía de dónde pero que un día aparecieron por el pueblo para quedarse con ellos y con sus tierras, me daba miedo. Entonces me permitía otra vez ser niño y me acurrucaba entre los grandes pechos de la madre buscando unas caricias que siempre encontraba.

También las mujeres más viejas, entre las que estaban la paya y la payaxmana, recordaban cantando, como en una letanía, todos los nombres de los que ya no estaban y los demás los repetíamos ensimismados para que no se nos olvidase su paso por la Tierra.

Un día mientras dábamos patadas a un viejo balón desinflado llegó un camión con varias personas que hablaban en una lengua extraña. Todos los chicos corrimos para ver que era aquello que sonaba como un trueno, pero ya habían comenzado a bajar las cosas que transportaban.

Uno de ellos, de sonrisa oculta entre el pelo de la cara, se acercó a nosotros con golosinas que los niños, tímidos, no supimos como desenvolver, ni qué hacer con ellas. Nos dijo, en un mal quechua, que se llamaba José Félix y lo miramos entre la suciedad y los harapos, con los ojos oscuros muy abiertos para no perdernos nada de lo que estaba ocurriendo. Ajenos a la expectación que causaban, instalaron unas telas blancas bajo las que vivían y se organizaban mientras unas cuantas mujeres que olían bien, cantaban y bailaba canciones extrañas.

Al final, todos los niños hicimos una fila dando palmas. Ese día duró mucho más que hasta la puesta de sol, mucho más que hasta la salida de la luna, y todos reímos sin parar las ocurrencias de los más pequeños.

Volvimos a casa sin poder sostenernos de pie, exhaustos pero contentos, cuando a lo lejos vimos el movimiento bamboleante que llevaban los hombres que volvían de la selva.

Recuerdo que, por primera vez, no salí corriendo para reunirme con él. Llevaba al hermano a la espalda y no quería despertarlo. Desde la distancia podía oler la mezcla rancia de la chicha y el sudor acre que habitualmente emanaba de su cuerpo y me quedé inmóvil, con el miedo de que nos hubiese descubierto. Recuerdo que la madre lo había acostado cuando llegamos, y recuerdo que aquella noche me costó mucho dormir.

Como todas las mañanas, el gallo marcó al amanecer que comenzaba un nuevo día. Durante la noche escuché los ruidos que procedían del lado en el que se habían instalado los hombres. Algunos, ya de mañana, comenzaron a pasear entre las casas llamando a las puertas. Pedían algo que no entendía y decidieron avisar a la payaxmana cuando se identificó que su lengua era el español. Ella no lo hablaba bien. Lo recordaba de la madre de su madre, y esta lo aprendió de la suya, pero las palabras se le mezclaron más de una vez.

Después de aquello, la madre nos lavó los pies y las manos, la cara y el pelo, y nos puso la ropa de fiesta.

Todos los niños hicimos una gran cola expectantes para entrar bajo las telas blancas en las que vivían.

Recuerdo lo nervioso que estaba y al hermano pegado a mí, limpiándose los mocos en la camisa. Todos los niños que entraban salían llorando y durante un momento dudé. Cuando llegó mi turno, bajo la lona, José Félix me sentó en una silla, pinchó mi brazo con rapidez y luego me abrazó. Recuerdo, sin entender, que no me dio miedo porque justo en ese momento comprendí que ya me había llegado la hora de ser mayor.

De eso hacía ya tres años.

Una noche vinieron a nuestra casa Paul Ronal y el señor Heiner. Iban de ronda, intrigando. La madre los dejó a solas con el padre y, el hermano y yo, entre las mantas, los escuchamos parlamentar.

Paul Ronal, que tenía una plantación de papas cerca de donde habían instalado las tiendas, decía que eran las medicinas que almacenaban en cajas y no el escarabajo o la sequía, los que le habían estropeado la cosecha. Heiner habló de que los niños ya no mirábamos a los mayores con admiración y que se estaba perdiendo el respeto que les debíamos. Ambos añadieron que las mujeres siempre estaban reunidas con secretos y misterios y reían juntas.

Mi papá pensó en cómo habían cambiado las cosas desde que aquellos hombres y mujeres estaban allí. Pensó que ahora el agua quedaba cerca, en que la mujer no tenía que andar tanto ni

llegaba tan cansada. Pensó en que la casa tenía paredes, pensó en mí y en el hermano que ya habíamos dejado de expulsar, como tantas veces con dolor, las heces. Pensó que además ahora había un sitio para dejarlas.

También pensó en la payaxmana, a la que no le quedaba mucho tiempo en la tierra y quería que éste fuera bueno. Pero sé que, sobre todo pensó en él, en todas las tardes que llegaba cansado a casa, en la chicha que tomaba cada vez más a menudo para aguantar los días. Pensó en Roxana Rosmeri, si él faltaba y la vio como al resto de las mujeres que todos los días de paga se les ofrecían porque ya no les quedaba nada.

Todo eso sé que lo pensó rápido porque lo vi en su mirada. Después se levantó despacio y los echó de la casa. La madre, callada, le sonrió. Al día siguiente, asustado fui a ver al doctorcito José Félix y le conté llorando lo que había pasado. Él sonrió y me dijo que no me preocupase, que ya les había ocurrido otras veces en muchos lugares diferentes. Desde entonces, todas las tardes dirigía mis pasos hacia el campamento para escuchar sus historias y no las otras. No fui el único.

Aquellos fueron días felices y recuerdo que me dormía montando y desmontando las tiendas. En mis sueños las mujeres y los niños, agradecidos, me abrazaban. En los días de fiesta ocupaba la silla principal y las jovencitas de todos los pueblos me agasajaban con sus mejores trajes y sonrisas. El día en que me desposaba con Nereita, unas voces me sacaron de la cama. La tienda blanca estaba ardiendo ante la mirada sorprendida e impotente de José Félix y de sus compañeros. Corrían, sacando el material que aún quedaba en buen estado, intentando apagar con cubos de agua un fuego que ya había arrasado con la estructura. Aunque bajé rápido y trabajé duro, no se pudo hacer ya nada.

Recuerdo las miradas de tristeza y las palabras, “no pasa nada, ya habíamos acabado nuestro trabajo aquí” y a la mañana siguiente, antes de que cantara el gallo, no quedaba nada, ni nadie. Se fueron como habían llegado. En silencio.

Tras aquello, seguimos viviendo en el pueblo hasta que la payaxmana murió. Después el padre cogió las fiebres que lo dejaron postrado durante meses en la cama y el hermano y yo comenzamos a cultivar la tierra. La madre y la paya cosían y vendían dulces para ayudar algo en la casa. Así, en el verano, con dieciséis años recién cumplidos y una sola idea en la cabeza, me marché a la ciudad para estudiar, para ser como el doctorcito y para volver a mi pueblo y continuar con un trabajo que nunca se acaba. El cómo lo hice y como estoy aquí de nuevo, es otra historia....



© 2020 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.